

RECOVA Y RECOVEROS DE HUELMA

Magdalena Valenzuela Guzmán

RESUMEN

Con el paso del tiempo, algunas profesiones que durante años fueron habituales en la vida diaria de una población, desaparecen y quedan en el olvido.

Este es el caso de los recoveros, profesionales del trueque, que durante años recorrieron las veredas y los cortijos de Sierra Mágina, portando en sus capachos los artículos que eran necesarios para la vida diaria de quienes residían en el campo. Mediante la técnica del trueque, cambiaban sus artículos por pequeños animales de granja, trigo y sobre todo por huevos, que luego vendían en comercios de Jaén y Granada.

SUMMARY

Over time, some jobs that have been part of everyone's daily life for years are disappearing or are even already forgotten. This is the case of the Recoveros. Trade professionals who, went through Sierra Mágina's paths and farmhouses, for years carrying in their baskets anything that those living in the farms could need. By the technique of barter, they exchanged their articles for small animals, wheat and specially eggs, which were usually sold in shops of Jaén and Granada.

Hasta mediados del siglo pasado, muchos de nuestros vecinos residían en cortijos, en algunos casos bastante alejados del núcleo urbano. Esta realidad, ocasionaba múltiples problemas a la hora aprovisionarse de los útiles imprescindibles para el trabajo diario, la adquisición del ajuar doméstico, o el acceso a determinados alimentos.

Cierto es que todos los cortijos disponían de huerta, árboles frutales, animales de corral y casi todo lo necesario para autoabastecerse. Sin embargo, había una serie de productos que no podían fabricar o cultivar, pero que eran necesarios en la vida diaria, y para adquirirlos había que

desplazarse a otra localidad y hacer un desembolso económico, que no siempre era posible.

De esta necesidad, surgió una profesión, la de *recovery*.

¿Qué es un *recovery*?

Según María Moliner, *recovery* es la persona que se dedica a la *recovery*, es decir, a la “compra de huevos, gallinas y otras aves, que se hace por los pueblos, para revenderlos”.

Para ejercerla era preciso obtener lo que ellos llamaban “la matrícula”, que era en un permiso que otorgaban los ayuntamientos, que oficialmente se denominaba “permiso de *ropavejero*”, consistente en una autorización personal y expresa para transitar por los caminos portando diversas mercancías, y que les permitía, cuando eran requeridos por las autoridades, demostrar que los artículos que portaban les pertenecían, y no eran fruto de saqueos o robos. Caso de no llevar este permiso, le requisaban el género.

El *recovery* era un profesional del trueque, que una o dos veces por semana acudía a los cortijos, ofreciendo su variada mercancía, que en general se podía dividir en cuatro grupos:

- piezas de tela con las que confeccionar sábanas, mandiles, ropas de vestir y cualquier prenda de ajuar doméstico.
- Menaje de cocina, cacerolas, ollas, platos, cubiertos etc.
- Material de costura, como tijeras, agujas, bastidores, etc. Todos ellos útiles muy importantes, porque en esos años la ropa y los ajuares se cosían en casa.
- Algunos alimentos que no se podían cultivar en el cortijo, como arroz, chocolate, azúcar, café, pescado, etc.

Los *recovery*s portaban su mercancía a lomos de mulos o burros, aparejados con un “capacho”, que era un apero de esparto, que constaba de un armazón que se colocaba sobre el lomo del animal, y que caía a ambos lados del mismo, cada uno de estos lados iba provisto de un seno de forma cuadrada, también de esparto, donde se introducía la mercancía a vender.

La venta se hacía de la siguiente manera:

Cuando llegaba al cortijo, mostraba su mercancía, casi siempre a las mujeres de la casa, que habitualmente eran las encargadas de efectuar las compras. Elegido el producto, se procedía a anotar en una libreta el

nombre de la compradora y el precio de lo adquirido en pesetas. Como lo habitual era abonar el coste en varios plazos, en una columna al margen, se iban anotando las cantidades a cuenta que la clienta iba entregando en cada visita, restándolo del total hasta que la deuda quedaba saldada.

La forma en que se acostumbraba a hacer el pago, era el trueque. Quienes se dedicaban a la recova, cambiaban su mercancía por huevos, aunque a veces también aceptaba otras formas de pago.

Resulta curioso que aunque en todos los cortijos se criaban gallinas, el uso que se daba a los huevos no era el de consumo propio, si no el de moneda de cambio, por tanto, eran imprescindibles para aprovisionar el cortijo de ciertos productos y enseres.

Vecinos de Huelma que les tocó vivir su juventud en esos años, me cuentan, que los huevos eran importantísimos para la economía doméstica. Comer un huevo en aquella época era un lujo que solo se permitían en días de fiesta muy señalados, o cuando estaban enfermos, pero que el resto del año se guardaban para la recova. Tal era así, que esta carencia incluso dio origen a la expresión “cuando seas padre comerás huevos” que alude a que solo el sustentador de la familia, el que trae el jornal a casa y necesita un aporte extra de nutrientes, tenía acceso a tomarlos.

Yo, antes de hablar con vecinos de Huelma que fueron recoveros en su juventud, consideraba que el trueque funcionaba de una manera muy simple: El recovero vendía uno de sus productos y fijaba el precio en docenas de huevos, y si el cliente no podía entregárselos de una sola vez, lo iba haciendo en semanas sucesivas, y así poco a poco saldaba la deuda.

En la primera entrevista me sacaron de mi error, no se podía hacer como yo imaginaba porque el precio del huevo sufría fluctuaciones, dependiendo de la oferta y la demanda. Así en verano, que todas las gallinas los ponían, el precio descendía y en invierno, que dejaban de poner, su precio subía como la espuma.

En consecuencia, tanto el importe de la mercancía como el de los huevos se calculaba en pesetas, y el valor de cada entrega a cuenta era diferente, en función del valor que alcanzaran los huevos esa semana en el mercado.

Un recovero de Huelma, al final de un día de trabajo solía llevar en sus capachos unas cuarenta docenas de huevos que había que transportar hasta el pueblo. Al tratarse de un producto muy frágil y disponer para

este traslado solo de uno o dos animales de carga, que ya portaban en sus capachos las mercancías para vender, había que agudizar el ingenio para que no se rompieran por el camino.

Para ello, cubrían el fondo de los capachos con granzas de paja y sobre ellas iban colocando con cuidado los huevos por capas, terminando siempre con una capa de paja. Después se colocaban los tejidos para vender y encima de todo el resto de las mercancías de estructura más dura.

¿Qué hacían con tantos huevos? Algunos de los recoveros tenían una tienda en el pueblo, o vendían directamente en su casa, pero ni de lejos podían dar salida a toda la producción, por lo que la inmensa mayoría se vendía en Granada.

Cada recovero, disponía de unas “jaulas”, con sus iniciales grabadas, con una capacidad de ochenta docenas, dispuestas en capas o tandas cubiertas de virutas de madera para que no se rompieran en el trayecto.

Una vez a la semana Juan León García, conocido como Juan el de Cabrita, que era dueño de un pequeño camión Ford, pasaba por el domicilio de cada uno de estos profesionales, recogiendo las jaulas y las transportaba a Granada.

Me cuenta su hijo, que salía de noche ya que el viaje, por carreteras sin asfaltar duraba tres horas. allí vendía los huevos a dos clientes; Manuel Garzón que tenía una tienda en una calle cercana a la Gran Vía y un tal Juan que tenía un puesto en la plaza, este Juan del que desconocemos su apellido, era el comprador del ochenta por ciento de la producción de huevos de Huelma.

Este transportista estaba muy bien considerado entre quienes se dedicaban a la recova, confiaban plenamente en él para que defendiera el precio de la mercancía ante los compradores y lo cobrara en su nombre. Me cuentan, que en todos los años en que trabajaron juntos, nunca surgió un problema con ninguno de ellos.

A la vuelta al pueblo, Juan León descontaba la parte que le correspondía por el porte, y entregaba a cada uno de los recoveros el importe de lo vendido, en proporción al número de jaulas entregadas y precio al que se vendió el huevo ese día.

A veces también los vendían en Jaén, en un comercio que era conocido como “Los Molineros”, pero en una cuantía infinitamente inferior a la que se vendía en Granada.

Aunque lo habitual era que el pago se efectuara en huevos, también se aceptaba el trueque con animales de corral, pollos, conejos o chotos y en tiempo de navidad en pavos que traían andando desde los cortijos hasta el pueblo.

Me cuentan casi todos los recoveros con los que me he entrevistado para elaborar este trabajo, que otra forma bastante habitual de cobrar la mercancía era la permuta por trigo o cebada, pero que éste era casi siempre un método de pago “clandestino” utilizado por mujeres cuyos maridos, cicateros a la hora de gastar dinero para vestir o calzar a sus numerosos hijos, no veían la necesidad de hacer ese gasto.

Ellas, aprovechando que los hombres se encontraban trabajando en el campo cuando llegaba el recovero, se acercaban al troje¹ donde se almacenaba el grano y sisaban lo que podían, que a veces eran unos kilos y si lo almacenado era mucho, podían tomar hasta dos o tres sacos, sin que el esposo lo notara, de esta manera calzaban y vestían a sus hijos o a ellas mismas.

Esta última forma de trueque, no agradaba a los recoveros porque les ocasionaba un problema añadido, ya que ellos viajaban con un animal, generalmente un mulo o caballo que ya llevaban cargado, y al que no podían agregarle uno o dos sacos de más, pero tampoco podían dejar el grano para posteriormente ir a recogerlo, porque el esposo no era conocedor del trueque realizado, lo que les obligaba a buscar escondites en el campo o en cortijos de conocidos, poniendo en un compromiso a mucha gente. No obstante me dicen que lo aceptaban porque sabían que estas mujeres no tenían otra forma de vestir a sus hijos.

La recova era un trabajo duro, que obligaba a estar siempre en los caminos, con frío, calor, lluvia o nieve. Salían con sus animales de noche y volvían también de noche y en algunos casos, si la ruta era larga, no regresaban en dos o tres días a su casa, pero con esta peculiar forma de

¹ Estructura destinada a depósito de productos agrícolas generalmente de forma cuadrada, situado en el interior de la vivienda.

trabajar fue posible que en aquellos tiempos de precarias economías familiares, los hogares dispusieran de lo imprescindible para vivir, utilizando el canje de unos productos por otros, sin tener que hacer un desembolso económico que en la mayoría de los casos resultaba imposible de asumir.

A últimos de los 60 la sociedad española se transforma. Cambian los valores y las gentes del campo comienzan a desear para sus hijos un futuro diferente al que ellos habían tenido. Se produce un éxodo desde los cortijos a núcleos de población mayores. La gente se traslada a vivir al pueblo donde la vida es más fácil, los niños pueden acudir al colegio, hay asistencia médica y comercios.

La sociedad cambia y la recova, al desaparecer la necesidad que la creó, también desaparece. Los recoveros de Huelma se vieron obligados a cambiar de profesión, algunos de ellos continuaron con las tiendas que anteriormente regentaban, otros que aun no siendo propietarios de un comercio, ya habían empezado a vender en sus casas las aves que permutaban en los cortijos, montaron una carnicería, otros se dedicaron al campo y alguno se hizo municipal. Así, poco a poco, dejaron de transitar los caminos y la profesión desapareció.

Para terminar no quiero dejar de reconocer la labor social que ejercía el recovero. En una sociedad tan aislada, su llegada era un soplo de aire fresco que rompía la rutina diaria, era fuente de información sobre lo que ocurría en los alrededores, por él se sabía quién había muerto, se había casado, tenido un hijo o cualquier noticia que había conmocionado al pueblo o a algún cortijo de los alrededores, y ese era tema de conversación en las largas noches a la luz del candil, que perduraba hasta la siguiente visita del recovero, en que otra noticia tomaba el protagonismo.

ALGUNOS RECOVEROS DE HUELMA

Francisco Barajas Martínez

Era conocido como Paco Generé.

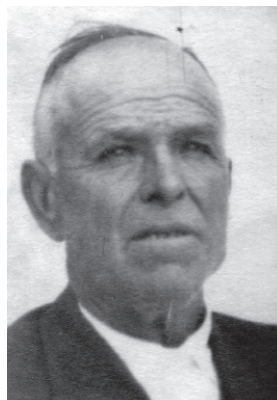
Nacido en Huelma en 1908, se casó en 1931 con María Asunción García Díaz y falleció en 1986.

Se incorporó a la recova en los últimos años de la década de los cuarenta y se dedicó a ello unos veinte años.

Su zona de trabajo se centraba en el campo del Moral, la Mata Grande, La Villa, Solera y La Estación de Huelma.

Su ruta más larga duraba tres días e iba desde la estación de Huelma, hasta Larva.

Ejerció su profesión hasta los años setenta.



José Jiménez Aranda

Nace en Huelma el 10 de Mayo de 1924 y fallece el 10 de abril de 2007.

En 1952 contrae matrimonio con Carmen Díaz Barajas y se hace recovero.

Su zona de trabajo eran las Garruchas, El campo del Moral, Cabrita y Solera.

A diferencia de los demás recoveros de Huelma, José vendía pescado, ya pesado y envuelto en papel de estraza, en paquetes de medio y de un kilo.

Tenía tres o cuatro burros que caminaban en fila. Esta hilera de burros le valió el sobrenombre de José el del tren.

Fue recovero hasta la década de los sesenta.



Juan de Dios Martínez Rodríguez

Nacido en Huelma en 1886, se dedicó a la recova desde muy joven, siendo esta su profesión durante toda su vida.

Disponía de dos burros y con ellos marchaba a Granada a comprar arenques, telas y pequeñas confecciones, que luego vendía en los cortijos de la zona de Cabrita y Huelma.

Como todos sus compañeros, aceptaba el trueque de su mercancía por huevos, animales de corral, y en este caso también en palomas y lana de esquila de las ovejas. Esta lana la transportaba con su burro hasta Granada donde la hilaban y la devolvían en madejas, que Juan de Dios vendía por los cortijos para la confección de prendas de abrigo.



Pedro Barajas Montoro

Nace en Huelma en 1924, se casa en 1951 con Francisca González Trujillo y fallece en Jaén en 2007.

Pedro tenía un grave problema de visión en espacios cerrados, por lo que se hizo recovero para poder trabajar con la luz del sol.

Como todos los recoveros permutaba su mercancía por huevos, pequeños animales de corral, e incluso en Navidad por pavos.

Estas permutas fueron el origen de una afamada carnicería de Huelma, que incluso hoy, cuando han pasado cincuenta años, continua perteneciendo a su familia.

En 1967, debido a sus problemas de visión, se vio obligado a dejar la recova.



Sebastián Ruiz García

Nace en Huelma el día 23 de Enero de 1925, se casa con Amanda Gómez Ortega.

Empezó a ejercer este oficio en los últimos años de la década de los cuarenta.

Su ruta de trabajo era Solera y los cortijos de esta zona, hasta Cabra del Santo Cristo.

Aunque comenzó ejerciendo su profesión con un burro, pocos años después lo cambió por un coche 2 CV, un Citroën ASK 400, que

era una de las primeras furgonetas que vinieron a Huelma. Se convirtió así en el único recovero motorizado. Falleció en 1972 en un accidente de tráfico que sufrió cuando estaba ejerciendo su trabajo en el cortijo de Aguas Blancas en el término de Cabra del Santo Cristo.

José Fernández Fernández y María Valenzuela Cees

José nació en Huelma el 3 de abril de 1905, y falleció el 4 de Enero de 1974.

En 1931 contrae matrimonio con María Valenzuela Cees, nacida el 16 de Julio de 1906 y fallecida el 22 de noviembre de 1997.

En 1941 José inició su labor como recovero con un caballo, con el que recorrió los cortijos desde Cabrita hasta Belmez de la Moraleda y desde la estación de Cabra del Santo Cristo hasta la de Huesa.

Toda la familia Fernández Valenzuela se dedicaba al comercio del trueque, el padre por los cortijos, la madre en el pueblo y los hijos en una tienda de propiedad familiar.

José se retiró en 1964, y María unos años después.



José Maya García

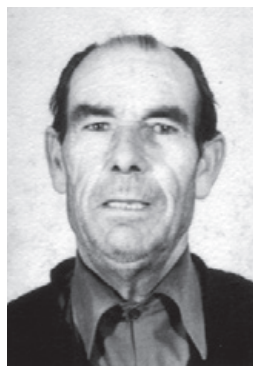
Nació en Noalejo en 1913, contrajo matrimonio en Huelma con María Fuensanta Guzmán García en 1939, y desde entonces residió en Huelma.

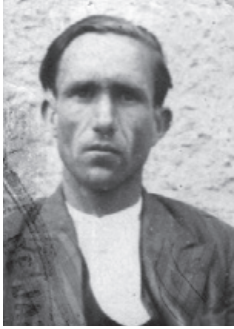
Por una herida de guerra, había quedado lesionado en una pierna, lo que le ocasionaba una evidente cojera, que no le impidió trabajar como recovero.

Se dedicó a la recova desde 1939, y a lomos de dos burros, recorrió los cortijos de la zona de Huelma.

Al igual que los restantes recoveros trocaba su mercancía por huevos y pollos, que posteriormente vendía su esposa en un puesto de pollería que regentaban en el Mercado de Abastos.

Permaneció como recovero hasta 1968.





Juan Martínez Lirio

Nace en Huelma en 1911, es hijo de Juan de Dios Martínez Rodríguez, también recovero y de él heredó la profesión.

Toma la misma ruta de su padre por la zona de Cabrita, cortijo de la Reja y la Villa.

Estuvo ejerciendo la profesión hasta los años setenta, y falleció en Huelma en 2004.



Pedro Pérez Domenech

Nacido en Huelma el día 7 de Julio de 1921, se casó en 1950 con Antonia Sevilla Muñoz. Tras contraer matrimonio, comenzó a trabajar en la recova. Para ello se hizo con un burro a cuyos lomos recorrió los cortijos de la zona, las Garruchas, el Ruicerezo, el campo del Moral etc., vendiendo según sus propias palabras “cosas de comer” como chocolate, arroz, café, tabaco, aguardiente, vino y vinagre.

Deja la recova en 1966 y actualmente es el único recovero de Huelma que permanece con vida.